



## **LA EPIDEMIA DE VIRUELA EN GUANAJUATO (1944-45)** **Luis Cervantes García (1914-2007)**

El texto que se presenta, ha sido tomado del libro “Testimonio de un Médico de Infantería” de la autoría del Dr. Luis Cervantes García, obra en la que el autor dejó plasmadas sus memorias de ejercicio médico, profesión a la que dedicó 60 años de su vida. Ante la contingencia sanitaria que se vive en el país y en el mundo, conviene revisar cómo se vivió en la ciudad de Guanajuato la experiencia médica y humana que tuvo como propósito erradicar la epidemia de viruela, suceso que se remonta a la mitad de los años 40 del siglo pasado.

Luis Cervantes García fue profesor de la Universidad de Guanajuato de 1943 a 1977 donde impartió varias cátedras: En los bachilleratos de Leyes y Medicina, enseñó Biología, Premédica, Anatomía y Fisiología e instituyó la cátedra de Ética Médica. En la Escuela de Enfermería y en la entonces Facultad de Química de la misma Universidad impartió las cátedras de Nociones de Ginecología, Anatomía y Fisiología, Obstetricia, Física Médica, Microbiología, Higiene Industrial, Biología, Virología y Bioquímica así como Nociones de Biología para Ingenieros.

Palabras clave: epidemia de viruela, Guanajuato, vacunación

Es ilustrativo narrar lo sucedido a propósito de la epidemia de viruela de 1944-45, la última registrada en la historia sanitaria de México. A Guanajuato llegó esa terrible enfermedad con los romeros que regresaban de San Juan de Los Lagos. Hubo muchos casos aquí y se dispersó en varios sitios de la sierra de difícil acceso (El Chocolate, El Varal, Agua Colorada, Joya de Lobos, Santiaguillo, El Tablón, El Cubo y campamentos carboneros vecinos, etc.). Cuando se inició en serio la campaña no había ni un mapa correcto del municipio de Guanajuato. Tuvimos que elaborar uno entre el Ingeniero Sanitario Ernesto Vega y yo. El Ing. Vega era un hombre sapientísimo, pero muy recóndito y modesto.

Aun lo recuerdo, cargado de hombros, fumando, con los brazos cruzados en actitud orante, de uno de los cuales colgaba un bastón. Calvo, todo frente, su cara era una combinación interesante de rasgos seniles e infantiles. Miope,

protegía sus ojos brillantes y burlones con gruesos lentes; casi desdentado, sonreí entre amable e irónico. Poco comunicativo al parecer, se volvía un ameno conversador con quien le abría plática. Erudito en matemáticas e ingeniería, sabía esquematizar sobria y claramente los proyectos. Pues bien, el mapa-guía nos sirvió para recorrer el municipio de Guanajuato y darnos cuenta de que la viruela se había extendido mucho. Desgraciadamente, las brigadas sanitarias de vacunación, pese a su empeño, no lograron su objetivo de inmunizar a toda la gente; la pésima educación higiénica y el tonto temor al “gobierno” producían el lamentable efecto de que cuando llegábamos a un lugar, la mayoría de la gente había huido al cerro o se escondía en la sierra; solo quedaban los enfermos y algunos familiares. Por supuesto, aparecían nuevos casos. Total: la viruela duro casi un año en las rancherías y campamentos carboneros hasta que se agotaron los susceptibles.



Era entonces gobernador del Estado don Ernesto Hidalgo y jefe de los Servicios Coordinados el Dr. Aranda.

Me tocó a mí la enorme responsabilidad de dirigir la campana. Por tratarse de un estado de emergencia, se declaró la dictadura sanitaria. Aparte del personal de las brigadas, estaba a mi disposición un piquete de soldados al mando de un sargento. Acordonamos las entradas y salidas de la ciudad y yo me coloqué en una caseta situada más allá del Cantador, junto a una gasolinera propiedad de don Gilberto Valdivia. Allí se pudo establecer una barrera que únicamente atravesaban las personas inoculadas. La vacunación fue llevada a cabo manzana por manzana, casa por casa, sin excepción de persona. Hubo que practicar el censo de la población para controlar la inmunización y la lectura a los ocho días. Fue un trabajo enorme, fatigoso, no exento de problemas, pero efectivo. Los renuentes (negados) eran multados y si se trataba de “notables” (personajes de los llamados influyentes o considerados como “cultos”), aparte de escribir los nombres en pizarrones que se colocaban en el Mercado Hidalgo y en el Jardín de la Unión, se mencionaba el cargo oficial que desempeñaba el remiso y la cuantía de la multa impuesta. Se trataba de hacer pública la mala educación del renuente y de paso, atemorizar a los que quisieran negarse a la vacunación.

Y por supuesto hubo sorpresas. Entre los citados y multados estaban nada menos que el Director de Educación, Rodolfo Lozada, el Lic. José Luis Ibaranguoitia, los Dres. Guillermo Torres y Daniel de Jesús Hernández y otras personas de nivel cultural apreciable, pero que adoptaron la incomprensible actitud de renuentes. En esos días, estaba yo cargado de trabajo, revisando los expedientes de vacunación

de los días pasados, separando a los renuentes, calculando los índices de protección, etc., cuando recibí una llamada telefónica del Jefe de los Servicios. Subí y me recibió sonriente, o más bien entre enérgico y sonriente:

“!! Pero que ha hecho Ud. Doctor !! Multar al Sr. Lozada! ¿No sabe que puesto ocupa? Eso va a causar conflictos con el gobierno.” “Mire doctor Aranda: estamos en plena dictadura sanitaria, cargados de trabajo, pidiendo la cooperación de las autoridades y de la gente para proteger la ciudad, y he aquí que quien por su puesto debería ser el primero en dejarse vacunar, se rehúsa y da pésimo ejemplo a la gente. El Código Sanitario no establece excepción de personas en la situación de emergencia en que estamos. Pero si Ud. no me apoya, ahí está su arpa. Bastante trabajo hay para otros”. “Cálmese, cálmese -me dijo medio sonriendo- Estoy de acuerdo. Pero en otro caso parecido avíseme primero”. No hubo problemas y don Rodolfo Lozada fue motivo de crítica y de irrisión por su renuencia.

Entre la población hubo franca colaboración y solo recuerdo a un carnicero el cual hubo de ser sacado de su casa por dos soldados para llevarlo a vacunar. En las garitas hubo varios incidentes. Un día se presentó un señor moreno, alto, obeso de anteojos oscuros, rodeado de algunas personas. Se empeñaba en pasar sin dejarse vacunar. Empezó el forcejeo. “¿Qué no sabe Ud. quién soy? -me pregunto arrogantemente- “No señor, y aunque lo supiera, no entra a la ciudad sin vacunarse” “Yo soy Luis Montes” – repitió-, como si su nombre fuera un “ábrete sésamo”. “Lo siento. O se deja vacunar o no entra.” Los acompañantes empezaron a vociferar. Pero yo tenía mis argumentos. “Mi



sargento -grite al soldado que mandaba el piquete-, proceda como ya sabe”. El sargento, con gran aparato, ordenó a los soldados mover los fusiles, algo así como cortar cartucho y disponer a meter “al bote” al ilustre don Luis Montes. La maniobra, ésta vez y en otras similares, dio resultado, y don Luis pudo entrar a la ciudad bien vacunado y con dos enormes cruces de yodo que le pinte en la espalda como contraseña de haber obedecido.

Más difícil se puso un general del ejército. Quise hacerle entender que precisamente por serlo, comprendería el significado de las órdenes y la disciplina en la emergencia por la que atravesaba la ciudad. Pero el grado se le subió mucho y empezó a insultar, por lo que “mi” sargento tuvo que cortar cartucho de veras y decirle: “Mi general, lo siento mucho; pero tengo órdenes de no dejar pasar a

nadie sin vacunar y de aprehender y consignar a quienes se están portando inconvenientemente”. Y el general tuvo que entender las “razones”; se dejó vacunar. No así un médico oculista de Morelia, que prefirió volver grupas a dejarse vacunar. Con un diplomático sueco no hubo dificultad. Por teléfono y chapurreando francés le informé de la situación anormal; anuencia inmediata a la petición de dejarse vacunar.

Tras muchas semanas de arduo trabajo terminamos la tarea. Valió la pena porque nunca más ha habido viruela. Esa fue la última epidemia.